

(como acá decimos Santiago, otros san Dionis, otros san Jorge) aclamaron igualmente (1): «Espada de Dios y de Gedeon.» No se digna el Dios de los ejércitos de que la espada que pelea por él sea invocada con la suya. No solo permitió que los soldados lo gritasen, sino que Gedeon se lo mandase. Con mucha elegancia dispone el parafrases caldeo aquel grito, cuando Gedeon les mandó que dijese (2): «A Dios, y á Gedeon (3).»

CAPÍTULO XXIII.

La milicia de Dios, de Cristo nuestro Señor, Dios y hombre; y la enseñanza superior de ambas para reyes y príncipes en sus acciones militares.

SECCION PRIMERA.

Hæc locutus sum vobis, ut in me pacem habeatis. In mundo pressuram habebitis: sed confidite, ego vici mundum. «Esto os he dicho á vosotros para que tengais paz en mí. En el mundo tendréis trabajo; mas confiad, que yo vencí al mundo.» (Joann. cap. 16.)

Ite: ecce ego mitto vos sicut agnos inter lupos. «Id: ved que yo os envío como corderos entre lobos.» (Luc. cap. 10.)

Nadie extrañará este capítulo (que divido en dos secciones, porque son dos las milicias de su argumento) sabiendo que Dios se llama Dios de los ejércitos, que mucho tiempo eligió capitanes generales, escogió los soldados, ordenó las jornadas, dispuso los alojamientos, facilitó las interpresas y dió las victorias. Esto se lee en el Testamento viejo, Moises, David, Josué y Júdeas Macabeo. No trataré de aquel género de guerra en que Dios con ranas y mosquitos deshacia á los tiranos, ni del escoger los cobardes y dejar los valientes para vencer, ni de abrir en garganta el mar para que tragase á Faraon con todas sus escuadras. Este modo de milicia, muy poderoso Señor, no se puede imitar; empero débese imitar la santidad de aquellos reyes y caudillos, para merecer de Dios que le use con nosotros. Ya repitió el milagro de Josué con fray Francisco Jimenez de Cisneros, bienaventurado arzobispo de Toledo, en la batalla de Oran. ¿Cuántas veces envió al glorioso apóstol Santiago, único y solo patron de las Españas, á dar victorias gloriosas á su pueblo y á aquellos reyes que en oracion y lágrimas confiaban con pocas fuerzas en solo su auxilio? De manera que esta parte de milicia, que no se puede imitar, se ha de procurar merecer; pues siempre Dios es Dios de los ejércitos.

Dos cosas son de admiracion en la materia de guerra: *La una*, que siendo la gente que la sigue la que no solo está mas cercana á la muerte, sino por poco sueldo vendida á la muerte, es la que no solo se juzga lejos de ella, sino exenta. *La otra*, que en las conferencias, juntas y consejos en que los soldados ó los oficiales con el general tratan de cosas militares, que es frecuentemente, no se oye. Esto mandó Dios á David, esto á Moises, esto á Josué y á Gedeon, y nunca dejan de la boca á Alejandro, á César y á Escipion, á Anibal; siendo las hazañas y victorias de estos dictadas de perdido furor, de ciega ambicion, de rabiosa locura ó de abominable venganza, y aquellas

(1) Clamaveruntque: Gladius Domini, et Gedeonis.

(2) Domino, et Gedeoni.

(3) Et dicetis: Gladius occidens à Domino, et vicinus in manu Gedeonis.

de la eterna é inefable sabiduría. Dirán que aquel género de milicia de David y los demas, los tiempos le han variado y hecho impracticable; y no es así, ni tiene la culpa el tiempo con las nuevas máquinas de fuego y diferentes fortificaciones, sino el distraimiento que padecen los ánimos belicosos, que no les deja meditar los procedimientos llenos de misterios del pueblo de Dios, en las cosas que no habrá tiempo que las varíe, ni siglos que no las reverencien y verifiquen. Esforzaréme á probar esto. Ya hubo un libro en tiempo de Moises, cuyo título era (4): *Libro de las batallas del Señor*. De lo que en él se contenía son varios los pareceres. Yo sigo el de aquellos padres que dicen habia mandado el Señor recopilar en él, de todo el cuerpo de las sagradas escrituras, solos aquellos lugares que pertenecian al precepto ó al ejemplo de la arte militar, en aquella manera que él dijo á Moises en la guerra de los amalecitas (5): «Escribe esto para advertencia en el libro.» Perdióse este libro; dejemos el por qué; no se han de escudriñar los secretos de Dios, que es vanidad y soberbia. A ninguno parecerá mal que cuando se puso aquel sol se encienda en mi discurso esta candelera, no para suplirle y contrahacer su día, solo para con pequeña llama alegrar las tinieblas en su noche: hasta estorbar que no anden á tienta en materia tan importante. No alumbrá poco quien hace visibles los tropiezos y despeñaderos. La centella de este discurso se enciende en la inmensa luz de las batallas del Señor, que se leen en las sacrosantas escrituras. Cuando sea pequeña, tiene buen nacimiento.

Empezaré por la milicia de Dios ejercitada en el Testamento viejo; y acabaré con la milicia de Dios y hombre en el Nuevo.

En el capítulo 17 del Exodo, se lee: «Vino Amalec, y peleaba con los hijos de Israel en Rafidim. Dijo Moises á Josué: Elige varones, y saliendo, pelea contra los amalecitas: yo estaré mañana en lo alto del cerro, y tendré la vara de Dios en mi mano. Hizolo Josué como se lo ordenó Moises, y peleó contra Amalec. Empero Moises, y Aaron y Hur subieron sobre la cumbre del cerro. Sucedia que como Moises levantaba las manos, vencía Israel; mas si las bajaba, vencía Amalec. Las manos de Moises ya estaban cansadas. Y tomando una piedra la pusieron debajo de él, y sentóse en ella, y Aaron y Hur de entrambos lados le sustentaban las manos, y así sucedió que sus manos no se cansaron hasta que el sol se puso. Desbarató Josué á Amalec, y pasó su pueblo á cuchillo. Dijo Dios á Moises: Escribe esto para memoria en el libro.» Esto es decir que quien manda que se dé batalla, vence tanto como ora á Dios; que las victorias se han de esperar de la vara y cetro de Dios, no del propio del príncipe; que los brazos levantados al cielo y sostenidos con el auxilio de los sacerdotes hieren y desbaratan los enemigos, mas que aquellos que descenden con filos sobre sus cuellos; que quien se cansare de orar á Dios, se cansará de vencer. Este primer precepto militar es tan grande, tan digno de ser príncipe entre todos los de esta facultad, que de él solo y por él mandó á Moises Dios que para memoria le escribiese en el libro. Dios le pondera; no puede ser de los que dicen ha variado el tiempo, para no seguirle, con la invencion de la artillería y de la fortificación; pues solo este burla las cóleras del

(4) Liber bellorum Domini.

(5) Scribe hoc ob monumentum in libro.

fuego; las violencias de la pólvora y las prevenciones y defensas de los muros y baluartes.

Señor: solo Dios da las victorias, y el pecado los vencimientos y las ruinas. En este texto habia estudiado aquel capitán inglés que, cuando últimamente los franceses echaron aquella nacion de Francia, diciéndole con fanfarronería otro capitán francés: Monsieur, ¿cuándo nos volveremos á ver en esta tierra? Respondió: Cuando vuestros pecados sean mayores que los nuestros. Los sacrilegios horrendos de los hugonotes en estos dias, gobernados por los sacrilegos Mos. de Xatillon y mariscal de la Forza, y de otros que llaman católicos, me parece que apresuran la vuelta del inglés á Francia; si los pecados excedidos le han de volver, y yo no yerro la cuenta, ya le traen. Dios nuestro Señor muchas veces castiga con los malos á los que son peores; parte de castigo, y no pequeña, es la infamia del instrumento del castigo. Hasta ahora he dicho yo que solos los preceptos militares de Dios se han de platicar siempre sin consideraciones de tiempos ni interpretaciones de ingenios; ahora quiero mandar el silencio forzoso á sus réplicas con referirselo en las palabras del mismo Dios, que en el 26 del Levítico son estas: «Si os gobernáredes por mis preceptos, perseguiréis á vuestros enemigos y caerán delante de vosotros. Vencerán cinco de vosotros ciento de los suyos, y ciento vuestros á diez mil de ellos. Caerán á fuerza de la espada vuestros enemigos en vuestra presencia. Empero si no me oyéredes á mí, caeréis vosotros delante de vuestros enemigos, y seréis sujetos á los que os aborrecen, y huiréis sin que nadie os persiga. Daré miedo en vuestros corazones; espantaros ha el sonido de la hoja que vuela, y huiréis de ella como de la espada; caeréis, sin que nadie os derribe; caeréis cada uno sobre vuestros hermanos, como huyendo las batallas; ninguno de vosotros se atreverá á resistir á sus enemigos.» Dios manda que estos preceptos se sigan; Dios ofrece que vencerá quien los siguiere; Dios dice que siguiéndolos, cinco soldados vencerán á ciento, y ciento á diez mil. Y Dios amenaza y dice que quien no los siguiere y obedeciere, huirá del son de la hoja del árbol como si fuera un ejército; que caerá sin que nadie le persiga, y que no podrá resistir á sus enemigos. Véase si estos preceptos se deben preferir á los de Vegecio, y á los que exprimen los que alambican las acciones de Alejandro, César, Escipion y Anibal, y otros modernos; y si quien promete las victorias á su obediencia (siendo Dios) las puede dar, y la cobardía de corazón y vencimiento que amenaza á los que no los siguiere y los dejaren por otros.

Descendamos á preceptos particulares. «Dijo Dios á Moises: Envía varones que consideren la tierra de Canaan que he de dar á los hijos de Israel. Enviolos Moises á considerar la tierra de Canaan, y díjoles: Subid por la banda de mediodía, y luego que llegéis á los montes, considerad cuál es la tierra y el pueblo que la habita; si es fuerte ó flaco; si en número son pocos ó muchos; si la tierra es buena ó mala; cuáles son las ciudades ó fuertes, y con murallas ó abiertas; si la tierra es fértil ó estéril; si tiene bosques ó si carece de árboles (1).» Si estas consideraciones precedieran á las interpresas y jornadas, algunas que no están enjutas de la sangre de los que las intentaron y de las lágrimas de los que las vieron, sin duda no hubieran tenido lasti-

(1) Numer. cap. 13.

moso fin, ó por haberlas prudentemente dejado, ó bastantemente prevenido. Que todo esto se deba inquirir y considerar antes de entrar en tierra de enemigos no conocida, sin dejar ni una advertencia de las que dió Moises á sus espías, convéncese de que se guardaron para entrar en esta tierra que Dios les queria dar, y que podía dársela sin estas diligencias. Empero tambien nos enseña el texto sagrado, que para obligar á que Dios haga con nosotros lo que quiere hacer, conviene que de nuestra parte hagamos lo que podemos. San Pedro Crisólogo lo dijo en el *sermon de Lázaro*, cuando para resucitar al muerto, que era el milagro, mandó á los apóstoles que levantasen la losa. Estas son sus palabras (2): «Entre las virtudes divinas requiere Cristo el auxilio humano.»

La honesta y cortés y justificada disciplina militar Moisés la enseñó enviando embajadores al rey Edom, pidiéndole paso por sus tierras (3). «No irémos por los sembrados ni por las viñas; no beberémos agua de tus pozos; marcharémos por el camino real, sin declinar á la diestra ni á la siniestra hasta haber pasado. Respondióle Edom: No pasaréis por mi tierra; de otra manera yo te lo impediré armado. Dijeron los hijos de Israel: Irémos por camino pisado, y si nosotros y nuestros ganados bebiéremos tus aguas, darémos lo que justo fuere; no habrá dificultad en el precio; solo queremos pasar apriesa. El respondió: No pasaréis. Y luego les salió al encuentro con infinita multitud y poderosos aparatos de guerra. Y no quiso condescender con los que le rogaban, ni dejarles pisar sus términos. Por lo cual los hijos de Israel, dejando aquel camino, tomaron otro.» Si esto se observara en los tránsitos y alojamientos de los ejércitos, no se quejarian las provincias mas de los que admiten que de los que resisten, pues vemos que los soldados (particularmente franceses) son peores para sus huéspedes que para sus enemigos. No solo enseñó Moises justificacion de capitán general electo por Dios, y que se gobernaba por él, sino prudencia generosamente militar en dejar el camino que se le negaba presentándole la batalla, y rodear por otro. Empeñar la justificada cortesía es cordura meritoria; mas pudiendo excusar el venir á jornada y empeñar la gente, es temeridad. No es rodeo el que excusa una batalla; la razon le llama atajo. Quien tiene por reputacion no dejar lo que una vez intentó, tendrá muchas veces por castigo el haberlo proseguido. Ir adelante por el despeñadero, mas es de necios que de constantes; no es perseverancia, sino ceguedad. Dios permite que su ejército sea vencido para que acuda á su divina majestad por la victoria, y para que conozca que sin él no tiene fuerzas, y que con él nadie puede resistirle. «Como oyese el cananeo, rey de Arad, que los hijos de Israel habian venido por la via de los exploradores, los fué á dar asalto, y los combatió y venció, y fué grueso el despojo. Mas volviéndose los hijos de Israel á Dios, y haciendo voto, prometieron que si podian vencer degollarían todos los enemigos de su santo nombre, y asolarían sus ciudades. Oyólos el Señor, y volviendo á combatir, vencieron y degollaron cuantos cananeos pudieron coger, y pusieron por tierra todas sus ciudades, y llamaron aquel lugar en su lengua *Horma*, que quiere decir anatema, exterminio (4).» El

(2) Inter divinas virtutes humanum Christus requirit auxilium.

(3) Numer. cap. 20. (4) Numer. cap. 21.

vencido para vencer no tiene otro remedio sino acudir á Dios, y armarse con la oracion y los votos.

Señor: no lo dejaré de decir, ni lo diré con temor hablando con vuestra majestad, ántes con satisfaccion; que á su católica grandeza será grato este reparo. En llegando una buena nueva de victoria ú otro cualquier negocio importante, cual se desea, luego se acude á los templos á dar gracias á Dios con el *Te Deum laudamus*: justa, santa y piadosísima accion; empero viniendo nueva de desdicha, nunca he visto ir á dar gracias á Dios, ni se canta el *Te Deum laudamus*. El alabar y dar gracias á Dios tiene dos autores, en sus opiniones encontrados. San Agustin, padre de la Iglesia, dice: «Quien alaba á Dios por milagros de los beneficios, alábele tambien en los espantos de las venganzas, porque halaga y amenaza. Si no halagara, no hubiera alguna exhortacion; si no amenazara, no hubiera algun miedo.» Este gloriosísimo maestro y luz en las divinas letras expresamente dice que se han de dar gracias y alabanzas á Dios por los castigos como por las mercedes; y da la razon por qué se ha de cantar y oír el *Te Deum laudamus* por los vencimientos y pérdidas, como por las victorias y ganancias. La otra opinion (derechamente contraria á esta) es de la mujer de Job. Está viendo que su marido á todas sus gravísimas calamidades no decia otra cosa sino: «Dios lo dió, Dios lo quita. Como Dios es servido se hace. Sea bendito el nombre del Señor.» Ella le dijo: «Alaba á Dios, y muérete;» no aprobando que alabase á Dios por los trabajos que pasaba; ántes queriendo le maldijese. Empero el santo varon pacientísimo, de quien dijo Dios era su amigo y que en la tierra no tenia semejante, le respondió: «Tú has hablado como una de las mujeres necias. Si recibimos los bienes de la mano de Dios, ¿por qué no recibirémos los males?» Señor: san Agustin y Job afirman que el dar gracias á Dios y el cantar el *Te Deum laudamus* se deben igualmente á las pérdidas y trabajos y desdichas, como á los triunfos y victorias y felicidades. En la opinion contraria, el santo marido (refutándola) llamó necia á su propia mujer. Dar á Dios públicamente gracias solo por los bienes, puede ser que por la ingratitud interesada en la propia felicidad le merezca los males. Y quien de uno y otro le da gracias, ese tal ni será vencido de las dichas, en que el seso humano tiene gran riesgo, ni dejará de vencer á las calamidades, aunque apénas su piel roida de gusanos cubra sus huesos.

Deseo, Señor, que aquel Dios todopoderoso, que escondió los misterios á los sabios y los reveló á los pequeños, dé eficacia á estas palabras, para que, viendo las gentes que por los favores y los castigos se dan públicas gracias á Dios, y que le canta el *Te Deum laudamus* el vencido como el vencedor, aclamen, movidos del ejemplo, la piedad entera del que lo hiciere con resignacion á su divina voluntad, desasida de las comodidades propias.

He tratado del modo de alcanzar con Dios la victoria, y de remediar con su favor el vencimiento; síguese lo que se debe hacer con Dios despues de lo uno y lo otro. Dijo Dios á Moises (1): «Haz traer delante de tí y de Eleazar sacerdote, y de las cabezas del pueblo, enteramente toda la presa y saco que tienen de los madianitas los nuestros; y vosotros mismos divididla igualmente,

(1) Numer. cap. 31.

la mitad á los que se hallaron en la batalla y combatiéron, y la media á todo el remanente del pueblo que no salió á la jornada. Empero advirtiendo que de la parte de aquellos que combatiéron, vosotros quitaréis aquella parte que se ha de dar al Señor, quiero decir, á sus sacerdotes; y de la otra parte que toca al pueblo, la que toca á los levitas. Hizose así; mas luego vinieron á buscar á Moises los maestros de campo, capitanes y demas oficiales que habian gobernado á los que combatiéron, diciendo: Señor, nosotros hemos hecho la reseña de nuestros soldados, y hallamos que en esta empresa ni uno nos falta. Por lo cual, conociendo bien claramente la victoria de Dios solo, ves aquí que fuera de la parte que has tomado, de lo que nos toca ofrecemos nosotros al Señor todas las cosas de oro que nos han tocado; y tú ruégale por nosotros.» Cuánto importa la igualdad en premiar y en dividir las presas, nadie lo ignora, todos lo desean, y pocas veces se ve. Suelen los cabos superiores saquear á los soldados lo que ellos saquearon al enemigo. No es esto lo peor; eslo olvidar la parte que á Dios se debe. Acordáranse de esto, si el estudio militar fuera por las sagradas escrituras, y no por aforismos de Livio, Salustio, Quinto Curcio, Polibio y Tácito. No se contentaron las cabezas de este ejército con que se diese á Dios la parte que se tomaba de la que les cabia; ántes en reconocimiento de no haber perdido ni un soldado, dieron á Dios todo el oro que habian adquirido, confesando que lo que solamente tenían era lo que les quitaban para dar á Dios, que solo les habia dado la victoria, y sin un hombre ménos sus compañías. Capitanes y oficiales que estiman mas un solo soldado suyo que todo el oro del saco y despojo, bien muestran que Dios los alista y los conduce. Mas consolarse de la pérdida de los soldados con el robo de los despojos, y querer ántes contar un ducado mas que un soldado ménos, mereceres los muestra, no capitanes. Quien de ellos se sirve junta ladrones que hurten la victoria á los que se la dan. Devocion es en algunos dar las banderas y estandartes á los templos, y reconocimiento cristiano y digno de alabanza é imitacion; mas bien sería acompañar aquellos cendales rotos con el oro, cuando no porque no murió ninguno, porque no murieron ellos. Colgar los trofeos militares en la sepultura del que los ganó, lícito es; mas no deja de adolecer de alguna vanidad querer que en el templo blasonen sus gusanos. Es verdad que en muchos no cabe esta dolencia; y segurísimamente en aquellos que, no mandándolos ellos poner, sus amigos, parientes ó hijos, ó la república, ó el príncipe mandó que se pudiesen.

Para que el ejército sea como conviene, es forzoso decir de qué gentes se ha de componer. Dos géneros de soldados hay, voluntarios y forzados. Estos no solo no manda Dios que se alisten y se fie de ellos nada; ántes que si vinieron libremente, y dejaron sus tierras y casas (cosas que los pueden obligar á asistir de mala gana), que los despidan y los rueguen que se vayan. El texto, Señor, es expreso (2): «Antes que se dé la batalla, dirán á voces los capitanes, compañía por compañía: Soldados, quien ha edificado casa nueva, y aun no ha hecho la fiesta de su dedicacion, váyase á su casa; no sea que muriendo en la guerra por su desgracia, toque á otro el dedicarla. Quien ha plantado una viña, y aun

(2) Deuteronomio, cap. 20.

no ha llegado el tiempo en que convidando los parientes y los amigos, con mucho regocijo se empieza á gozar y la hace comun, vuélvase á su casa, no muera acá, y toque á otro aquella solemnidad. Quien se ha casado, y aun no se ha juntado con su mujer, vuélvase á su casa, porque muriendo él en la guerra otro marido no la goce. Y finalmente, quien no tiene corazon y es medroso, vuélvase con buena licencia á su casa, que aquí no es de provecho; ántes con su temor, acobardando á los otros, hará daño.»

Débase reparar en que presupone que todos estos que, ó vinieron forzados; ó están por fuerza, ó no tienen corazon y tienen miedo, morirán en la guerra. Y de verdad así sucede; porque los tales son simulacros de hombres, sirven de crecer el número de las listas, de consumir los bastimentos, de abultar la confusion y ocasionar confianza para las empresas que ellos mismos burlan. Quien lleva hombres por fuerza á la guerra, lleva por fuerza la flaqueza. Quien va atado y llorando á la guerra, ¿qué hará en la guerra? Quien se sirve en los ejércitos de hombres viles contra su voluntad, sola una cosa puede hacer contra su enemigo, y es que la victoria que de sus gentes alcanzare no sea ilustre. De mejor gana lleva un ganapan y un pícaro veinte arrobas á cuestras por cuatro reales, que un arcabuz ó una pica por ciento: véase lo que hará por uno. Estos huyen ántes del peligro, que aun eso no aguardan. Donde está huye el que desea huir de adonde está. Quien los echa, quien los despide, tiene ménos caudal, si se le cuenta la aritmética; y más, si le numera el valor. Carecer de lo que le embaraza, es multiplicar lo que se tiene. ¡Señor! de Saul se lee en el primero de los Reyes (1): «Cualquiera hombre valiente y animoso que veía Saul, y apto para la guerra, le acariciaba y traía á sí.» De manera, Señor, que para disponer las victorias, se han de obedecer estos dos preceptos: escoger y traer á sí los valerosos y aptos para la guerra, y no traer á ella por fuerza los viles. Y si vinieren y tienen deseo de volverse, no solo permitir que se vuelvan, sino mandárselo. Son lastimosísimas pérdidas y frecuentes las que con esta gente se hacen. Piérdese la reputacion solo en juntarlos; pues quien los junta, para perderse y perderlos los junta. Pónese mala voz á la fortuna del príncipe, y alientase al enemigo más con la propia ignorancia y torpeza, que con su valor.

No hay otro libro escrito en que semejante pregon se haya dado por todo el ejército, no solo dándoles licencia y rogando que se vuelvan á sus casas los que lo desean, sino mañosamente honestándoles la vuelta con razones, porque no se queden de vergüenza donde están con miedo. No negarán los que están graduados en esta arte y disciplina por los autores modernos, que este precepto no es hoy practicable; pues hoy se llora, y cada día se llora no haberle practicado. David era pastor ejercitado en arrojar piedras con la honda: ofrecióse que Goliath, gigante, desafió en público campo á todo el pueblo de Dios, remitiendo á aquel duelo singular el ser esclavos ó señores los unos ó los otros: espantó á todos los hijos de Israel la estatura disforme del gigante; y léese en el primero de los Reyes (2): «Dijo David á los soldados que con él estaban: ¿Qué premio se dará á quien rindiere y degollare este filisteo, y librare de esta afrenta y opro-

(1) Cap. 14. (2) Cap. 17.

bio á todo el pueblo de Israel, que tiene acobardado? ¿Quién es este filisteo soberbio, no circuncidado y gentil, que afrenta los ejércitos de Dios vivo?» Estas son las señas del soldado voluntario y valiente: ofrecerse á la batalla movido de la afrenta que se hace á su nacion y de la que se quiere hacer á las armas de Dios. Solo pretende justamente premio quien por este camino le pretende. «Decíanle los del pueblo que con él estaban: Al varon que venciere y castigare á este, el rey le hará poderoso con muchas riquezas; casarále con su hija, y exentará de tributo la casa de su padre en Israel. Fuéron referidas las palabras que habia dicho David á Saul, al cual, siendo llevado á su presencia, dijo muy animosamente David: Desechen el temor los corazones de todos: yo iré, y combatiré con el filisteo. Dijo Saul á David: No puedes resistir á este filisteo gigante, ni combatir con él, porque eres mozuelo, y este, soldado desde que nació. Y respondióle David: Dios, que pudo librar-me de las garras del leon y de las manos del oso, él mismo me dará victoria de este filisteo infiel. Respondió Saul: Vé, y sea Dios contigo.» Muchas riquezas y la hija del rey en casamiento, y libertad del tributo de toda su familia son premios debidos á quien libra de afrenta á su patria y de agravio á las armas de Dios, y castiga á quien intenta lo uno y lo otro. Prudente se mostró Saul en desconfiar de la poca edad y pequeña estatura de David, sin experiencia de las armas, contra un gigante nacido y criado en ellas. Mas luego que le oyó confiar en Dios, y no en sus fuerzas, se mostró religioso, le dió licencia para el desafío. No hubo cosa de prudente y piadoso rey en que Saul no se mostrara advertido. Puede la prudencia humana ser dañosa, si no la acompañan el temor y la confianza de Dios. Fíese todo con ánimo constante al que todo fia en Dios; y nada, sin recelo, á las grandes fuerzas que fían de sí. Los gigantes contra Dios son enanos; y los enanos, asistidos de Dios, son gigantes.

«Para que saliese á la batalla vistió Saul á David sus mismas vestiduras, enlazóle en la cabeza su celada, ciñóle su loriga. Y viéndose David con su espada al lado, empezó á probar si podia regirse bien con las armas, y como no estaba acostumbrado á ellas, dijo David á Saul: Yo armado no soy señor de mi persona, porque no estoy hecho á este embarazo. Desarmóse luego, tomó su cayado, el cual nunca habia dejado de la mano, y escogió cinco piedras muy limpias de la corriente, echólas en el zurron de pastor que consigo tenia, tomó la honda en su mano, y fuése para el filisteo.» Cada día se ve que los príncipes honran y agasajan (puestos en necesidad) á los que han menester. Si no olvidasen esta condicion en saliendo del aprieto, no vengaria en ellos su ingratitud la envidia que hacen padecer á los que los sirven y defienden. No tienen los reyes consejero tan justificado como el trabajo. ¡Dichosos los valientes y virtuosos cuando el príncipe tiene urgente y precisa necesidad de ellos! ¡Desdichados los monarcas que se olvidan en la prosperidad y paz de los que se la defendieron ó se la conquistaron! El que quiere ser defendido adorna con sus vestiduras, y arma con su espada, loriga y celada al que lo sale á defender; y el que sale á defenderle, se desnuda de las armas para pelear. Sin errar Saul en armar á David, acertó David en desarmarse. Atendia el rey á lo que le dictaba el temor para la prevencion humana, y David

á la confianza en el amparo de Dios; á que se redujo Saul con permitirle saliese sin armas.

Probóse con las armas: éranle peso y estorbo; no podía mandarse bien con ellas por no haberlas ejercitado. Con esta acción fué David maestro de lo más importante del arte militar. Estaba ejercitado en el tirar la honda y no en la espada, y quiso ántes pelear con destreza ágil, que con gala y defensa impedida. El que está diestro en disparar el arcabuz, si por la bizarría del coselete y blason de la pica le deja, él lleva coselete y pica, mas ellos no llevan soldado. Dar por merced ó por ruegos al que ha sido infante la superintendencia de la caballería, y al que mandó en el mar las escuadras encomendarle los ejércitos en la campaña, es seguir la opinión de Saul, que solo sucede bien cuando hay quien (como David) quiere más pelear como está acostumbrado, que como quieren acostumbrarle. Más quiso vencer como pastor, que ser vencido como rey. No solo no han de pretender los hombres los puestos y las honras que no han tratado ni entienden, ántes han de rehusarlas cuando se las den. De lo contrario se originan los desórdenes y las ruinas vergonzosas. El que da estos puestos á personas inexpertas, da principio á su ruina, y los que los aceptan, obedeciéndole, fin.

Lo primero que dice el texto que tomó David fué el cayado, y añade: «El cual siempre tenía en las manos.» Quien no se precia de su oficio, nunca fué en él eminente. Estaba David agradecido al cayado y al gobierno y defensas que le debía en sus corderos contra leones y osos: ha de ser rey, ha de casar con la hija del Rey; quiere hacerle cetro, no dejarle por el cetro; ser rey y no dejar de ser pastor, porque ha de ser buen rey, y santo rey. Va á pelear con un gigante que ni conoce á Dios de impío, ni se conoce de soberbio: lleva el cayado para que con la humildad del oficio de pastor le afrente; va sin armas para darle á conocer lo que puede Dios contra las armas. Que llevase para este efecto el cayado con que no había de pelear, y que sucediese así, el mismo Goliath en viendo á David le dijo: «¿Por ventura soy yo perro, que te vienes á mí con ese báculo? Ven, y yo daré por sustento tus carnes á las aves que vuelan, y á las fieras de los montes.» Literalmente consta que se afrentó de solo el cayado, pues dijo era tratarle como á perro. No saben los impíos y los soberbios de qué se han de ofender, ni de qué deben temer, ni con qué cosa han de enojarse; por eso no aciertan si no con su castigo. Enfurécese contra el báculo que no le ha de ofender, y no hace caso de la honda que le ha de matar. Macho sabe, Señor, quien sabe temer: en esto se cierra el misterioso secreto de la prudencia. David respondió al filisteo: «Tú vienes á mí con espada, lanza y escudo; yo voy á tí en el nombre de Dios, y Dios te entregará en mis manos. Yo te heriré y apartaré tu cabeza de tu cuello; y no solamente tu cuerpo, mas los cadáveres de los escuadrones de los filisteos repartiré á las aves y á las fieras, para que conozca todo el mundo la grandeza del Dios de Israel; y particularmente la iglesia de estos fieles, que aquí están juntos, conocerán es verdad que Dios para vencer no tiene necesidad de espada ni de lanza, dependiendo absolutamente de sus manos toda guerra y victoria.» No importa poco responder á los fanfarrones que hablan con demasiado orgullo, con doblado brio; su parte es de conquista, porque los enflaquece la novedad del desprecio que no esperaban. David no deja cosa de las que traía el gi-

gante, que no le nombra; y á la espada, lanza y escudo le opone el venir á él en nombre de Dios. Dice que Dios se le pondrá en sus manos, no dice que le cogerá á él con ellas. Olvida David las muchas riquezas prometidas, la-hija del rey por mujer, la libertad del tributo para la casa de su padre; no dice que pelea por esto, ni lo toma en la boca, dice que pelea porque todo el mundo conozca la grandeza de Dios; y la iglesia de los fieles que estaban presentes, que Dios, para vencer, no necesita de espada; y que las victorias y las guerras son absolutamente de Dios. Alma que no se quieta en las mayores mercedes que los reyes del mundo pueden hacer, y aspira á las de Dios, bien sabe negociar.

Derribó con la primera piedra David al filisteo; cortóle la cabeza con su propia espada. Los tiranos y los soberbios siempre la traen, porque no falte hierro con que los degüellen. Tomó la cabeza, y llevóla en las manos á Jerusalén. Dice el texto (1): «Luego que vió Saul al mozuelo David con la cabeza del gigante en la mano, quiso que con él juntamente volviese triunfante á Jerusalén. En este viaje, cuando pasaban por alguna ciudad de Israel, salían las mujeres, por honrar al rey Saul, cantando y bailando con timpanos y otros instrumentos músicos; empero cantando decían: Saul ha derribado mil, y David diez mil. De lo que se disgustaba Saul, que bien se holgara que alabarán á David, mas no más que á él; y por eso enojado decía entre sí: A mí me dan mil, y á David diez mil, ¿qué le falta sino que le den mi reino? Y desde aquel día adelante nunca Saul miró á David con buenos ojos.» ¿Quién juzgara que le quebaba á David, después de esta victoria, enemigo ni monstruo que vencer más fiero que el gigante Goliath? Vencióle David, y luego entró en mas sangrienta batalla con la envidia del rey Saul. Monstruo es y horrendo la envidia, vilísimo y el mas vil de los pecados en el corazón real. Habiendo David á tan alto valimiento y tan preferida privanza llegado con Saul, que públicamente por todas las ciudades del camino le lleva á Jerusalén á su lado triunfante, reciben las mujeres á David y á Saul con canciones y bailes; alaban á Saul que venció mil, y á David que venció diez mil, y enojase Saul de que alaben mas á David que á él. No he leído valimiento que pase de la alabanza excesiva dada al criado en competencia del señor; en llegando á dar envidia al príncipe, no tiene mas vida el valimiento. Es el odio de los que aborrecen al favorecido tan vengativo y ciego, que por no alabarle, aun para destruirle (que es lo que desean), dejan de destruirle, y con los vituperios que les dicta la rabia, en vez de arrancarle del corazón del príncipe, le arraigan en él. Conócese esta verdad, en que las mujeres que no aborrecían á David, ántes le aclamaban, alabándole con afecto, con efecto le destruyeron. Hirvió luego el pecho del rey con envidia, pues decía entre sí: «¿A mí me dan mil, y á David diez mil?» Está claro que era el contador de las hazañas ajenas y de las propias la envidia en lo mentiroso de la cuenta, pues solo era verdad que á Saul le daban los mil que él no había muerto ni vencido (eso es dar), y que á David no le daban los diez mil, sino que los contaban, habiéndolos dado él en la victoria. Quería el rey Saul que David venciera al filisteo y á su ejército en el desafío y la rota dada á sus reales, mas no á él en las alabanzas. No tuvo culpa de esto David. ¡Gran mise-

(1) Regum 1. cap. 18.

ria, que las verdades que canta el pueblo agradecido, las llora el rey envidioso, y las padezca el valiente de quien se cantan! «No le miró mas Saul á David con buenos ojos.» ¿Qué veloz y eficazmente persuaden al desagrado el oído, los oídos mal informados, á los ojos! Oyó las alabanzas ajenas con envidia, miró con aborrecimiento. Quien mal oye, peor mira. Desde allí adelante no miró Saul á David con buenos ojos. ¿Qué sucedió de esto? Que como miró siempre á David con malos ojos, le fascinó la dicha; y como él no tenía buenos los ojos para mirar, dió de ojos. Quiso, para cumplirle la promesa de su hija, que la dotase con su muerte; intentólo, y librólo Dios. Muchas veces trató que le matasen á traición y con engaño; muchas le persiguió para darle muerte. Tenía aquel rey un mal espíritu, estaba poseído del demonio, librábale de él David con su arpa: música decente á un rey la que vale por exorcismo; pagábale el beneficio del conjuro sonoro con arrojarle una lanza. Rey que era ingrato á quien le daba victorias y le libraba de sus enemigos y del demonio, no paró hasta ser ingrato á su vida, dándole muerte con arrojarle sobre su propia espada; y desembarazando de sí el reino para David, á quien perseguía, dispuso á su costa lo que procuraba estorbar.

He dicho todo lo sustancial de la milicia de Dios, que todo se cifra, sin que algun tiempo lo pueda variar para que no se practique, en estas dos palabras: «El pecado es vencimiento; la gracia con Dios, victoria.» Y si algun príncipe lo dudare, sucederle lo que á Olofernes, que informándose del pueblo de Dios, y de sus hazañas y milagrosas victorias, y diciéndole que cuando estaban en gracia de Dios vencían, y cuando pecaban eran vencidos; que si quería pelear con ellos, que aguardase á saber que tenían ofendido á Dios, y les diese batalla, y los desharía, se riyó de esta doctrina, y de que Dios defendía á su pueblo, y dijo á Achior que le aconsejaba: Yo iré sin hacer caso de lo que dices, y los degollaré á todos, y luego á tí. ¡Señor! fué Olofernes, y dióle la muerte Dios con su propio deseo: cortóle la cabeza Judit, de quien estaba enamorado. Esto se lee en el quinto del libro de Judit. Permite Dios que en los consejos de estado y guerra que determinan las jornadas, empresas y batallas, prevalezca este voto de Achior y no el de Olofernes; porque los propios deseos de que Dios hace milicia contra los tiranos que le desprecian, no acompañan este suceso con otros muchos.

SECCION II.

He acabado la primera parte de la milicia divina, en que Dios hacia la guerra con la guerra: síguese la segunda parte, en que, Dios y hombre, Cristo nuestro Señor hizo la guerra, con la paz, á la misma guerra. Solo de Cristo, Dios y hombre, se puede aprender esta paz belicosa. Nació publicando la paz en la tierra; y en prendas de que era rey pacífico, nació en tiempo de paz universal, y nació para hacer guerra al mundo, á la muerte, al pecado y al infierno: enemigos tan poderosos y aunados, que ningún otro príncipe dejó de ser vencido, si no de todos, de algunos, en naciendo. Armó contra la vida de Cristo Jesus la envidia al rey Heródes, que le buscó para darle muerte, con los soldados y armas que en los inocentes derramaron la leche que apenas la naturaleza había colorado en sangre: de manera que entrar en la vida mortal y en batalla, fué todo á un tiem-

po. San Pedro Crisólogo considera militarmente esta huida de Cristo Jesus á Egipto con rara doctrina. Suyas son estas palabras (1): «¿Qué pretende el Evangelista escribiendo esto para la memoria eterna? El soldado devoto calla la huida de su rey, refiere su constancia, cuenta sus virtudes, calla sus temores, públicamente pregona las hazañas, calla las flaquezas, disculpa lo adverso, predica las victorias para quebrantar los atrevimientos de los enemigos y excitar la virtud de los confederados. Parece pues, refiriendo el Evangelista estas cosas, que despierta los ladridos de los herejes, y que quita la defensa á los fieles. Ya es tiempo que averiguemos por qué causa se nos escribe esto. Toma el Niño su Madre, y huye á Egipto. Cuando el valiente huye en la batalla, arte es, no miedo: cuando Dios huye del hombre, sacramento es, no miedo. La victoria secreta y la virtud desconocida no deja ejemplo á los porvenir; de aquí procede el huir Cristo: cede al tiempo, no á Heródes.» No huye Cristo de Heródes, ántes se retira para Heródes. Aquí le busca niño, y en edad viril se le presenta en las juntas contra su vida. Era tanta la paz de Cristo, que para tratar de él, aunque para condenarle, hubo paz entre Heródes y Pilatos, que ántes eran enemigos.

No pasen, Señor, sin reparo las palabras con que san Pedro Crisólogo definió el buen soldado (lo mismo se entiende del vasallo). Dice que pregona las victorias, que calla las desdichas, que dice las hazañas y disculpa las pérdidas. ¿Puede creerse, sino es de malos soldados y de ruines vasallos, que pregonen las pérdidas y vencimientos de su príncipe, y callen los triunfos, las hazañas y las victorias? ¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres! Ningun afecto lo dijo con tan grande razón. Vemos no solo que pregonan las ruinas y las calamidades, sino que las desean; no solo callan las victorias y las felicidades, sino que las contradicen: no las creen; poco he dicho, se entristecen oyéndolas: pídense albricias de las calamidades, y danse pésames de los sucesos prósperos: si suceden desastres, los creen; si no, los inventan. No sé si otra vez se ha visto oído tan portentosa maldad; empero hoy se oye y se ve. Nadie les pregunte la causa, porque cometerán mayor delito; que el ingrato es peor cuando se disculpa. Cristo enseñó á vencer huyendo, Cristo á vencer con la paz, Cristo á vencer con morir.

Esta soberana milicia no la comunicó el Padre eterno á Moises, Josué, Gedeon y David: reservóla para su Hijo. Con doce tribus, tan innumerable ejército bien armado, no hicieron nada en comparación de las victorias de Cristo con doce hombres desnudos á quienes mandó que aun no llevasen báculos. Dirán que esta era conquista de almas, y que no lo era de temporales reinos. Verdad es: empero ha habido reino ni rincón donde esta verdad evangélica no haya adquirido provincias? «Llegó á todos los fines de la tierra su voz.» ¿Cuántas provincias ha conquistado la constancia de los mártires? ¿Cuántos reyes y monarcas, con todos sus imperios, se han puesto sujetos á los pies de la Iglesia, mirando entrar las llamas caer en ceniza sus miembros, relucir abrasadas sus entrañas, despoblar de la carne sus huesos con garfios, agotar con heridas sus venas, padecer lo que los verdugos hacían á tiento, por no sufrir el mirarlo? ¿Qué ejército de Jerjes (que le pudo juntar, y no con-

(1) En el sermón 150.

tarle ni regirle, á persuasión de su locura y armas) se pudo prometer una de las hazañas que aquellos soldados de Cristo hicieron con su cádaver deshecho? La mayor monarquía que ha habido y hay, ¿no es la de España en lo temporal y en lo espiritual? ¿No es victoria toda ella de Santiago mártir, soldado de Cristo, capitán general nuestro? No lo confiesan los reyes, intitulándose, por gloriosísimo blason, alféreces del santo Apóstol, único patron de las Españas? El nos llamó en lo espiritual; nosotros en lo temporal le llamamos. No es impracticable la milicia de Cristo; nosotros no queremos practicarla.

No porque alabo el hacer guerra con la paz, vitupero hacerla con la guerra á la guerra: fuera error. Hay guerra licita y santa: en el cielo fué la primera guerra; de nobilísimo solar es la guerra. Y hase de advertir que la primera batalla, que fué la de los ángeles, fué contra herejes. ¡Santa batalla! ¡Ejemplar principio! Quien los consiente no quiere descender del cielo como de solar, sino como demonio. Quien con herejes hace guerra á católicos, no solo es demonio, sino infierno. Cuando lo niegue con lo que dice, lo confiesa con lo que hace. El mismo cielo, Señor, es solar de la paz, y esta fué primero en el cielo que la guerra, y la guerra fué para no ser mas en el cielo y que fuese y reinase siempre la paz. Hubo guerra en el cielo una vez, para que nunca mas la hubiese. En lo bien intencionado se conoce que fué guerra primera, y trazada por Dios para ejemplo de todas. Buscar y cobrar la paz con la guerra, es de ángeles y serafines; buscar la guerra con la guerra, no; buscar la guerra con la paz, aun ménos. Y estas dos cosas son la mayor ocupación y fatiga del mundo.

La guerra no bajó del cielo á la tierra; cayó precipitada al infierno en los ángeles amotinados, en el serafín comunero. Subió luego del infierno á la tierra; conquistó á Adán con la inobediencia; armó á Caín con la envidia contra Abel, su hermano. Los primeros hermanos fueron los primeros enemigos. La muerte primero estrenó violenta que natural sus filos en la sangre pariente. No se contenta Caín de ser el primero, quiere ser solo; no solo heredar solo á su padre, sino heredarle en vida el pecado que cometió con el fratricidio que comete. Todo el mundo le pareció pequeño para dos, y juzgó que él solo era bastante poblador para todo el mundo. Bien se conoce que los motivos de esta guerra subieron del infierno contra el cielo. Por esto bajó del cielo en Cristo la paz á la tierra contra el infierno. Preséntanse la batalla el Hijo de Dios y Lucifer; á entrambos capitanes llaman leones. San Pedro en su Canónica dice de Lucifer: «Que anda rodeándolo todo con bramidos como león, buscando á quien tragar.» A Cristo llaman «león de Judá.» La diferencia es que aquel, rugiendo, busca á quien coma; y Cristo, enseñando, quien le coma frecuentemente. Dijo: «Que quien comiere su carne y bebiere su sangre, vivirá eterna vida.» No solo busca quien le coma, sino que propone la vida eterna por premio á quien le comiere, deseoso que todos le coman. Tan diferentes son estos leones, tan diversas sus armas y los efectos de ellas.

Luego que nació Cristo, como sol de justicia y paz, hizo sentir su influencia aun á los soldados que profesaban la dura milicia del mundo. «Preguntaban también los soldados á Juan Bautista, diciendo: ¿Y nosotros qué debemos hacer? A la cual pregunta respondió: No mal-

trateis á nadie, ni calumniéis á alguno; estad contentos con vuestros sueldos y pagas (1).» ¡Grande y milagrosa fuerza de la divina influencia de la luz de Cristo! ¡Que la presunción bizarra de los soldados acuda á preguntar lo que han de hacer, y cómo se han de gobernar, á un hombre habitador del yermo, vestido de pieles, penitente, voz que clama en el desierto, retirado del comercio y trato humano, predicador austero y desnudo! Señor, si los soldados preguntaran á los varones apostólicos y santos lo que habian de hacer, no hicieran lo que se debe castigar. Este texto prueba que el Evangelio y los predicadores apostólicos han de ser oráculos de la milicia, que se ha de gobernar por sus respuestas. Yo haré que lo confiesen los soldados, los reyes y las gentes, y acallaré á los que dicen: ¿Quién le mete al religioso y sacerdote con las batallas? ¿Qué tiene que ver el púlpito con la materia de estado y guerra? Yo probaré que no tiene ménos que ver, que el freno con el caballo; y la medicina con la enfermedad; y que la materia de estado, sin las riendas del Evangelio y de la religión, correrá desbocada; y la guerra, sin los remedios de la doctrina, será incurable dolencia y contagio rabioso.

Preguntan á san Juan Bautista los soldados: ¿Qué harán? Y san Juan les responde lo que no harán, primero que lo que han de hacer. Bien se reconoce lo que he dicho. Los soldados que hacen cuanto quieren, y viven con la licencia de sus fueros, preguntan qué harán. La voz precursora de Cristo, enfrenándolos, responde lo que no han de hacer. No maltrateis á nadie, ni calumniéis á alguno, que todo esto procede de no contentaros con vuestros sueldos. Por eso os digo que os contentéis con ellos. El médico cura al enfermo, mas no le dice el horror de su enfermedad, el asco de sus llagas, la corrupción de sus heridas. Lo mismo hace con la reprobación divina san Juan. No responde á los soldados: «Vosotros saqueais á los que os alojan, los afrentais de palabra, pedis lo que no deben daros, quitaisles lo que tienen, robaisles las hijas, afrentaisles las mujeres.» Ni á los capitanes: «No rescateis alojamientos donde no es tránsito para tomarle; donde lo es, no alojéis á discreción; no forceis con molestias á los que os contribuya quien no lo debe; no tireis pagas de cien soldados no teniendo ciento; no rescateis pagas muertas para vuestro interés; no hagais caudal de pasavolantes.» Esto fuera avergonzarlos y desabrirlos para recibir la doctrina y disponer la enmienda. Cúralos todas enfermedades y úlceras, sin decirles su horror y asco, solo con decirles: «No maltrateis á nadie», que toca al soldado; «ni calumniéis á alguno», que toca al capitán y oficiales que gobiernan.

Ultimamente añade: «Estad contentos con vuestros sueldos.» ¡Oh cuánto tienen que reconocer los reyes al santo Precursor en estas palabras! Señor, si los soldados se contentaran con sus pagas, no se cometieran las desórdenes arriba dichas, no fueran molestados los vasallos, ni robados; los príncipes no juntaran ejércitos delincuentes, que ántes merecen los castigos que las victorias de Dios, pues á veces obligan á las provincias á desear ántes los enemigos que las amenazan, que los presidios que las defienden. Si estuvieran contentos con su sueldo, alistaríanlos los reyes solo contra sus enemigos; y no lo es-

(1) Interrogabant Joannem et milites dicentes: Quid faciemus et nos? Et ait illis: Neminem convulsatis, neque calumpniam faciat, et contenti estote stipendiis vestris. (Luc. 3.)

tando, primero los alistan contra sí: empiezan la guerra por el señor que los junta, y el despojo y el saco. Quien ménos se defiende de ellos y con mas pérdida, es quien los junta para defenderse. Cuando valia por paga la reputación de la patria, el amor del príncipe, el celo de la religión, ni el caudal público ni el particular los padecía; cobraban su premio de la victoria y del vencimiento de los contrarios; eran ménos porque eran tales, y eran mas por ser tales. Quien pone su premio en el robo de los que le alojan sin riesgo, no le busca en el despojo de los enemigos con él. Esto cada día se verifica en los muchos que sientan plazas, y marchan en tanto que duran los alojamientos; que ántes de llegar al puesto ó al embarcadero se dejan las banderas solas. Suplico á vuestra majestad haga reflexion en lo que ve hoy que junta y paga, y reconocerá que en estas pocas palabras que el Evangelio refiere de san Juan Bautista, está breve y cortés la reprobación de las desórdenes del arte militar, y eficaz el remedio en el consejo que dió á los soldados que le consultaron. Ni se puede decir que esto no es practicable; solo puede decirse que no se practica, debiendo practicarse.

Gloriosa informacion hizo la predicación del Evangelio en los soldados de esclarecida reputación; es á los que lo son este lugar de san Mateo 8, san Lucas 7: «Habiendo entrado el Señor en la ciudad de Cafarnaun, envió á él el Centurion dos judios ancianos á rogarle fuese servido de sanar un criado suyo, que estaba paralítico. Hicieron con todo afecto y solicitud la embajada, diciendo á Jesus que muy bien merecía le hiciese aquella merced, porque si bien era gentil, queria bien á los judios, y de su hacienda los habia edificado una sinagoga. Dijo el Señor: Yo iré, y le daré salud. Y encaminándose el Señor á su casa, estando ya cerca, envió otros dos amigos suyos el Centurion, y en su nombre le dijeron: Señor, yo no soy merecedor de que vengas á mi casa, que aun me he hallado indigno de ir á tí; basta que tú digas una sola palabra, que yo creo que luego sanará mi criado; porque si yo, que tengo superior, mando á un súbdito mio, soy obedecido luego, ¿cuánto mas lo serás tú, Señor, sobre cuya grandeza no hay alguna superioridad! Maravillóse el Señor, y vuelto á la multitud, dijo: De verdad nunca ví tan grande fe en Israel; y respondiendo á su petición, dijo: Como lo has creído, así se haga; y en aquel punto sanó el criado.» Soberano y eterno blason de la milicia es, que no solo se maravillase Cristo de la fe de este centurion, sino que dijese que no habia visto otra que se le pudiese comparar en Israel. Por esto se debe desear que le imiten, los que son capitanes, en la caridad con sus criados, en el gastar lo que adquieren en la guerra, en tener buenos amigos y camaradas, en ser obedecidos de los que mandan, en la discreción reverente, y en la fe con Dios. De todo esto dió ejemplo este centurion, y está aprobado y admirado por Cristo nuestro Señor el ejemplo, y premiado con el milagro. Sumamente se compadeció de su criado, pues solicitó un milagro por su salud. Buenos y diligentes camaradas y cuerdos tenia, pues alegraron, para que le hiciese aquella merced, no que era muy valiente, ni sus hazañas y crédito, nobleza ni puesto, sino que gastaba su hacienda en fábricas dedicadas á la religión. Y quien en esto gastaba lo que en la guerra habia adquirido, conocia que Dios, librándole de los peligros, se lo habia dado. Reci-

bir de Dios para dar á Dios, es en cierta manera apostar con él en liberalidad; más lo gana dándolo que adquiriéndolo. Sabia hacerse respetar de sus soldados, pues dice que en ordenándolos algo le obedecian luego; alabanza igual para el que manda y obedece: de entendimiento tan reverente y tan cortés, que no aplicó lo que decía, confesando en esto la suma sabiduría del Señor á quien hablaba. En la letra solo dijo: «Yo, que tengo superior, mando á mi súbdito: vé, y va.» Y no dijo: Así lo puedes, Señor, hacer tú con la salud á quien mandas como á súbdito de tu voluntad. Y en decir: «Yo, que tengo superior», conoció que Cristo, por ser Dios, no le tenia. La fe, las palabras de Cristo la ensalzaron soberanamente en público; serán prolijas y por demas otras palabras. ¿Quién negará que para el consejo y para la batalla no es conveniente que los capitanes imiten estas costumbres y virtudes? ¿Quién dirá que estorba el tener caridad para ser soldado, siendo la caridad, como dice el Apóstol, la que nada hace mal? ¿Quién dejará de confesar que es muy conveniente que los capitanes tengan tales camaradas, que sepan negociar por ellos, y dar ejemplo á los soldados? ¿Y cuánto importan cabos y oficiales en la disciplina militar, cuya fe merezca que Dios obre por ellos milagros?

Señor: para mayor gloria de los que militan, acuerdo á vuestra majestad que con este centurion fueron tres centuriones los que son dignos de preferida y honesta recordación. Lucas, 23: «Viendo el Centurion el terremoto y señales maravillosas que habian sucedido, glorificó á Dios diciendo: De verdad este hombre era justo; y toda la demas gente que junta habia concurrido á aquel espectáculo y veian tales cosas, dándose golpes en los pechos se volvieron.» Marcos, 15, refiere esto con tales palabras: «Empero viendo el Centurion, que estaba enfrente de Cristo, que quien espiraba espirase dando tan grande voz, dijo: De verdad este hombre Hijo de Dios era.» Mateo, 27: «Empero el Centurion y los que con él estaban guardando á Jesus, visto el terremoto y lo que sucedia, con grande temor dijeron: Verdaderamente este era Hijo de Dios.» Estas fueron, Señor, las palabras de la célebre confesion de san Pedro, y no le veia en la cruz desnudo entre dos ladrones. Asistia san Pedro á Cristo como discípulo, y el Centurion como ministro de la justicia que en él se ejecutaba. No digo esto por igualar la fe del Centurion con la de san Pedro, sino para ponderar la del Centurion con aquel recuerdo. Con piedad colijo de las palabras de los tres evangelistas, que aquellos que dice san Lucas que oyendo al Centurion y viendo el terremoto y señales, dándose golpes en los pechos se volvieron, eran soldados que debajo de su mano asistían á aquella ejecucion; y colijolo de san Mateo, que dice: «Que el Centurion y los que con él estaban guardando á Jesus, dijeron: Verdaderamente era este Hijo de Dios»; pues es cierto que los que lo guardaban con el Centurion eran soldados, pues consta que á ellos tocaba y tocó siempre, hasta guardarle en el sepulcro. De manera, Señor, que admitiendo por prueba esta conjetura, dirémos que el Centurion y los soldados conocieron y confesaron que Cristo era Hijo de Dios. Dispúoles á este conocimiento su propio oficio de soldados; pruébase con la causa que da san Marcos, diciendo: «Que viendo que Cristo espirando espiraba con tan grande voz», como gente acostumbrada á dar muerte y á ver morir, reco-